

ALLENDE AMPUERO ¿O LA REVOLUCIÓN?



LOS senadores Salvador Allende y Raúl Ampuero, seguramente no tienen responsabilidad que esto ocurra. Pero muchos de sus admiradores políticos reducen el problema suscitado en el Partido Socialista a una pugna de ambiciones.

"Allende ha sido tres veces candidato a la Presidencia de la República y quiere seguir siéndolo. Ahora le toca a Ampuero".

"Ampuero divide al PS porque quiere ser candidato presidencial. Su obsesión es liquidar políticamente a Allende".

Varios comentaristas de la política nacional han recogido esta falsa imagen. No contribuyó a disiparla —por cierto— la carta que Allende envió a Ampuero, invitándolo a que depusieran toda pretensión presidencialista.

Pero los que alientan esta falsa imagen del problema socialista están equivocados.

No es posible inferir a Allende y Ampuero el agravio de suponer que les mueven tales ambiciones.

En 1967, la suerte del antimperialismo chileno no puede jugarse con cartas marcadas al estilo de los viejos tahures de la política criolla.

Somos contemporáneos de la primera revolución socialista latinoamericana. Vivimos bajo el mismo sol que ilumina la epopeya vietnamita. Respiramos el mismo aire y hablamos la misma lengua que el Che Guevara, César Montes, Douglas Bravo, Manuel Marulanda, Fabio Vásquez, Coco Peredo y tantos otros que se juegan la vida para liberar a sus pueblos.

Es cierto que en alguna medida, Chile vive enclaustrado y que es el rincón austral del mundo.

Un rincón no sólo geográfico.

El eco de las grandes hazañas de nuestra época tarda en llegar a conmovernos.

Pero si esa circunstancia puede explicar ciertas características sociales del medio chileno, no es atenuante para los revolucionarios. Ellos no pueden ir a la zaga, no les está permitido sumergirse en la modorra ideológica, no deben permanecer aislados ni enfrascarse en cuestiones de menguada proyección.

Para los chilenos que desean la revolución (y quieren actuar para conseguirla), la fractura sufrida por el Partido Socialista es lamentable de verdad.

Esos chilenos, seguramente, no están ni con Allende ni con Ampuero tal como apuestan los gariteros de la política.

Están con los dos si ambos contribuyen a que avance el mo-

vimiento revolucionario. Estarán en uno de ellos —el más consecuente y leal— si el otro defeciona. Y no estarán con ninguno si optaran por el cómodo juego de las intrigas electoralistas.

Allende y Ampuero pertenecen a una generación de dirigentes populares que va cediendo paso a nuevos cuadros surgidos del proletariado y de la pequeña burguesía revolucionaria.

Ambos —y su trayectoria revela el desarrollo político nacional— proceden de familias cuyos fines eran radicales. Los dos se hicieron socialistas cuando serlo significaba abrazar una causa socialdemócrata, avanzada para la época, por cierto, que libró hermosas luchas por asegurar y profundizar libertades y garantías democrático-burguesas en el país.

Ambos han vivido la evolución del socialismo chileno que ha radicalizado su pensamiento, vigorizándolo con el leninismo y más tarde con el "castrismo".

El Partido Socialista es hoy —por sobre limitaciones más bien heredadas y contradicciones fruto del procesamiento y búsqueda de una estrategia correcta—, un partido que tiende a ubicarse en las primeras trincheras de una ideología y concepción revolucionarias que prenden a nivel continental.

Allende y Ampuero han jugado importante papel en la difusión y fortalecimiento de las ideas de izquierda. El primero ha sido candidato presidencial de los mejores sectores de nuestro pueblo. Ha encarnado en esas circunstancias el deseo rebelde de justicia que anida en el corazón de las masas. Lo ha hecho con dignidad y ha estado a la altura de lo que se le exigía en esos instantes. Al contrario de lo que ocurrió con otros políticos de su generación —en Chile y en el resto de América Latina—, que perdieron la pátina de marxismo con el remezón cubano, Allende mantiene un grado de lealtad ideológica a la revolución que lo convierte frecuentemente en blanco de los peores ataques de la reacción.

Ampuero ha sido un eficaz dirigente político que se ha preparado con seria tenacidad para jugar ese papel. Pero no seríamos francos si no dijéramos que, a nuestro juicio, su posición es mucho más contradictoria que la del Comité Central que él critica, y que su pensamiento se acerca en varios ángulos a una tendencia socialdemócrata (ver entrevista en PF Nº 34).

Desde luego, creemos que Ampuero sostiene una posición honesta. Pero no coincidimos con ella y opinamos que parece escoger un camino ya superado en América Latina. Sin duda, muchas de sus críticas políticas son justas y razonables pero tomadas en con-



Fabio y Manuel Vásquez, jefes guerrilleros de Colombia.

junto se inclinan peligrosamente a revivir un estilo político herumbroso.

En definitiva: Allende y Ampuero son valiosos para la izquierda solamente en función de la revolución.

La revolución es más importante que los dos y sólo el tiempo dirá cuál la sirvió mejor.

VOTAR, VOTAR Y VOTAR

El dilema chileno se va resolviendo por cauces superiores a mezuinos personalismos.

Desde luego, despunta un pensamiento que no volverá a mirar las elecciones como una solución en sí o como un mejunje que puede prepararse juntando toda clase de elementos con tal de aumentar el número de votos.

Aparecen cada vez más ridículas actitudes como la de Luis Carlos Prestes, Secretario General del PC brasileño, que refiriéndose a las elecciones de diputados bajo la dictadura del desaparecido Castelo Branco, afirmaba: "pese a todas las restricciones impuestas al ejercicio del derecho de votar, los comunistas aconsejan al electorado que vote", a pesar que él mismo reconocía que "las listas electorales han quedado reducidas casi exclusivamente a las listas formadas por reaccionarios indignos de recibir votos del pueblo", en cuyos casos —agregaba— "le hemos pedido votar en blanco . . . pues el voto es obligatorio y el elector remiso está sujeto a multas y otras sanciones civiles . . ." ("El Siglo", 27-11-66).

Hay fuerzas que pugnan en Chile por mantener los procesos electorales al nivel de competencias deportivas que gana el "mejor", o a exaltarlos como la más elevada forma de la lucha de masas.

"L'Humanité" y "Pravda" editorializaron saludando el clamoroso triunfo de la justa línea del PC chileno en las elecciones de regidores de este año (del 12,38 al 15,41%), y llamando la atención sobre la falsa postura de los "seudorrevolucionarios" y "ultraizquierdistas", a quienes lanzaron a la cara el resultado electoral: habría quedado demostrado que "se triunfa" no sólo con las armas...

Esta orientación de votar en cualquier circunstancia, votar aprovechando el ejercicio de las libertades burguesas, votar en plena dictadura gorila con elecciones impuestas y amañadas, votar voluntariamente, porque nos gusta; votar obligatoriamente, porque hay "multas" . . . pero siempre votar, aun, como en el caso brasileño, cuando es el propio imperialismo el interesado en legalizar la dictadura, choca con el pensamiento revolucionario que domina hoy en América Latina.

Las próximas elecciones en Chile deberán librarse bajo un nuevo signo y estilo. Están condenados al fracaso los que piensen que todavía valen los viejos métodos y las luchas electorales desprovistas de auténtico sentido revolucionario.

Lenin hablaba de "filisteísmo" cuando imprecaba de manera acerba a los oportunistas del movimiento obrero, a los que embellecían la democracia burguesa, a los que olvidaban que "la esclavitud asalariada es el destino reservado al pueblo, incluso bajo la república burguesa más democrática". Agregaba el gran maestro revolucionario: "Decidir una vez cada cierto número de años que miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento; he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino también en las repúblicas más democráticas". El mismo genial inspirador de las revoluciones modernas acusaba riguroso: "El oportunista ha perdido la costumbre de pensar siquiera en la revolución del proletariado", y examinaba el caso de Alemania donde la "legalidad constitucional se mantuvo durante un tiempo asombrosamente largo y persistente, casi medio siglo (1871-1914), y durante este tiempo la social-democracia supo hacer muchísimo más que en los otros países para "utilizar la legalidad" y organizar en partido político a una parte más considerable de los obreros que en ningún otro país del mundo". Y añadía: "¿a cuánto asciende esta parte de los esclavos asalariados políticamente conscientes y activos? . . . ¡De 15 millones de obreros asalariados, el partido socialdemócrata cuenta con un millón de miembros! ¡De 15 millones de obreros, hay tres millones sindicalmente organizados!".

(Pasa a la vuelta)

Y los socialdemócratas eran los revolucionarios oficiales de la época, los que "olvidan, relegan a un segundo plano, tergiversan el aspecto revolucionario de esta doctrina (el marxismo), su espíritu revolucionario. Hacen pasar a primer plano, ensalzan lo que es o parece ser aceptable para la burguesía" (Lenin, "El Estado y la Revolución").

En América Latina, sin embargo, se está operando la reivindicación de aquellos revolucionarios que, al decir de Marx, "tomaban el cielo por asalto". Este es un fenómeno al que no puede escapar Chile y por lo tanto no es aventurado afirmar que las futuras batallas, incluyendo elecciones, van a requerir de un contenido y propósito muy ajeno al cubileteo tradicional.

DEMOCRACIA NACIONAL

En 1960, en Moscú, se reunieron los representantes de 81 partidos comunistas. Se firmó una declaración que preconizaba la lucha por la formación de Estados de democracia nacional. Fue diseñado lo que se entendía por tal y, en el hecho, el artículo del senador Luis Corvalán, Secretario General del PC chileno (reproducido en PF Nº 33), parece estar basado en esas ideas cuando plantea un camino para Chile. El senador Corvalán señala a "algunos sectores de la burguesía nacional" entre las "fuerzas motrices de la revolución en América Latina", y aunque más adelante registra "la merma de las posibilidades revolucionarias de la burguesía", y anota que "la burguesía latinoamericana ya no es capaz de encabezar los procesos revolucionarios", afirma que en el repudio contra el imperialismo participan "vastos sectores de la burguesía no monopolista". Asimismo valoriza de modo explícito la inclinación hacia la izquierda del Partido Radical (que "no tiene porvenir sino en función de algún eventual entendimiento con el FRAP") y de varios diputados y no pocos militantes demócrata-cristianos que "se pronuncian por el socialismo".

Se trata, pues, de alcanzar para Chile un Estado de "democracia nacional". Veamos en qué consiste según la declaración de los 81.

—Un Estado que defienda consecuentemente su independencia política y económica, que luche contra el imperialismo, los bloques militares, y las bases militares dentro de su territorio.

—Que luche contra las nuevas formas de colonialismo y la penetración del capital imperialista, que repudie los métodos dictatoriales y despóticos de gobierno.

—Que el pueblo goce de amplios derechos y libertades democráticas y de la posibilidad de llevar a cabo otras reivindicaciones en el dominio de las transformaciones democráticas y sociales y de participar en la elaboración de la política del país.

Dejemos de lado la tentación de demostrar que el actual no es en absoluto un Estado de democracia nacional. Estaríamos en cambio luchando por alcanzar uno. A. Sobolev dice que aquél no es el Estado de una clase, ni el de dos clases (obreros y campesinos) sino uno que encarna "los intereses de toda la parte patriótica de la nación, la cual habrá de reprimir a las clases reaccionarias derrocadas. La dirección política de la vida de la sociedad será ejercida por el conjunto de las clases patrióticas, por el bloque de los partidos democráticos, y no por una clase o por un partido...". ("Nouvelle Review Internationale", febrero 1962 citado por Gerard Chaliand, "Pensamiento Crítico" Nº 2-3, La Habana, marzo-abril 67). El senador Corvalán señala que los comunistas chilenos "desde hace varios años venimos sosteniendo la idea de un régimen popular pluripartidista", al igual que el PC francés y el PC italiano.

Sobolev, sin embargo, no escapa a la tentación de hablar de las "clases reaccionarias derrocadas" a las que habrá que "reprimir".

Pues bien, ¿puede derrocar en Chile a las clases reaccionarias mediante una elección y reprimirlas con el gobierno de una alianza de par-

tidos y de clases? ¿Podrá reprimirse también a la "burguesía no monopolista" o ella llevará su repudio al imperialismo al grado de soportar la eliminación de sus privilegios y su desaparición como clase?

Otra duda que asalta es si la burguesía presente entre las "clases patrióticas" no impondrá su sello al sistema, como ha ocurrido siempre en toda alianza que le permite acceso.

Y estas cuestiones, aparte del hecho grueso: son desconocidas las burguesías de América Latina que no tengan un carácter dependiente del imperialismo. La burguesía nacional en Chile —mercantilista y burocrática— es en realidad una adherencia cada vez más ligada al imperialismo.

Indonesia y Ghana eran considerados países de "democracia nacional". Brasil, bajo Goulart pudo serlo.

Pero el sistema sólo conoce fracasos como ejemplos.

¿Será necesario malgastar espacio para intentar demostrar que en América Latina cualquier Estado que luche contra el imperialismo, los bloques militares, las nuevas formas de colonialismo y la penetración del capital imperialista, está condenado a servir de banquete a los buitres de la CIA si no se afirma —como Cuba— en una revolución verdadera?

A nuestro juicio el dilema en Chile es tan claro como en el resto del continente. Puede, desde luego, asumir características propias, modalidades diferentes y un ritmo distinto, pero desembocará en lo mismo. Desde luego no compartimos las posiciones delirantes de algunos y creemos —por el contrario— que es hora de callar y hacer. Los desplantes carentes de respaldo real desilusionan a las masas y las echan en brazos del oportunismo reformista.

Esto sin perjuicio —por cierto— de mantener viva la lucha ideológica necesaria para esclarecer el camino. Que es el de la revolución.

M. CABIESES DONOSO